



Pedro Llamas

EL VIAJE DE MIMO

© 2023 Pedro Llamas
© 2024, Alexia Editorial, S. L.
Ilustraciones: Iria Abella

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-125526-7-6
Depósito Legal: M-25412-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

*A mis hijos Mario y Mateo, a los que me encanta
contar historias aunque disfruto mucho más
cuando me cuentan las suyas.*



1. UNA NUEVA FAMILIA

—Vamos, sal. No tengas miedo.

Para el pequeño felino era una situación completamente nueva. Desde hacía varias semanas vivía junto a su hermano en una casa acogedora con dos personas que les trataban bien y les alimentaban cada día. Podían correr y jugar por las habitaciones; aunque bien es cierto que, en ocasiones, les encerraban en un pequeño cuarto cuando llegaba la noche y solo podían salir cuando les abrían la puerta, con las primeras luces del día. Sin embargo, para él esa era la primera vez que estaba encerrado en un lugar tan estrecho.

Las voces que escuchaba no le eran familiares y olían de manera diferente a la habitual. Y cuando se abrió la puertecita no pudo evitar acercarse con cautela hacia la salida.

—¡Mira, mamá! ¡Es precioso! ¿Lo puedo tocar? —dijo el pequeño Mateo con excitación.

—Por supuesto. Pero despacito; no vaya a ser que se asuste.

—¡Yo también quiero! —añadió Mario, el hermano mayor, mientras apartaba la mano de Mateo e intentaba ser el primero en acariciarlo.

El pequeño gato se detuvo ante la brusquedad del niño y con rapidez volvió a meterse en el trasportín.

—¿Lo veis? Ya lo habéis asustado. Os he avisado de que no es un juguete. ¡Pobre animalito!

Los dos hermanos solían pelearse por cualquier cosa, por muy insignificante que esta fuese a los ojos de sus padres; si bien luego no eran capaces de estar el uno sin el otro. ¡No por nada eran hermanos! Y todo aquel que ha tenido uno sabe que discutir con él es el mejor de los pasatiempos.

—¡Ha sido Mateo! —gruñó Mario.



—Me da igual, no es manera de comportarse. No estamos en casa. Además, ya tienes nueve años. Y deberías dar ejemplo a tu hermano pequeño.

—¡No soy pequeño! —protestó Mateo—. Si ya tengo seis años...

La madre introdujo la mano por la abertura con la palma abierta, para que el animal pudiera olerla sin problema. Eso lo tranquilizó, y volvió a asomarse. Era un gato de unos cuatro meses. Desde el hocico hasta las patas traseras era blanco, y el color de la cabeza, lomo y cola era una mezcla atigrada de gris, negro y *beige*. Sus ojos verde claro estaban abiertos por completo y no dejaban de recorrer de un lado a otro la fría mesa de metal sobre la que se encontraba.

—Tenéis que acariciarlo así, despacio y con suavidad. Aún es muy pequeño.

El animal estaba acostumbrado a recibir caricias por parte de sus anteriores cuidadores, por lo que después de unos primeros instantes —más bien temerosos— aceptó con buen agrado las carantoñas que recibía, hasta el punto de emitir un suave ronroneo.

Los niños siguieron el ejemplo de su madre y con cuidado pasaron sus manos por el lomo del animal, que en ningún momento los rechazó.

—¡Qué suave es, mamá! —señaló Mateo, emocionado por acariciar al gato.

—¡Vaya! Veo que ya os habéis hecho amigos —comentó la veterinaria, que acababa de entrar en la consulta acompañada del padre de la familia, el señor Martín, que tampoco dudó en acariciar al felino

—Pero ¡qué cosa más bonita! ¿Ya sabéis qué nombre le vais a poner? —preguntó a los niños, que seguían embobados con su nueva mascota.

—Le podemos llamar Mateo —contestó el pequeño con seguridad.

—No se puede llamar Mateo, ¡así te llamas tú! —le replicó Mario—. Podríamos llamarle Rafa Nadal.

—Es un gato muy tranquilo —añadió la madre, sin tener en cuenta lo que acababan de decir sus hijos—. Se deja acariciar sin problema y, por lo que se ve, le encanta... Yo creo que se debería llamar Mimo.

—A mí no me gustan los mimos —protestó Mario, que miró extrañado a su madre—. Yo prefiero los payasos normales.

—No, hombre, no —repuso ella riendo—. Me refiero a que le podemos llamar Mimo porque es muy mimoso.

—A mí me gusta —afirmó su marido—. El nombre le pega un montón. ¿A vosotros os gusta?

—¡Sí! —respondieron los niños a la vez, con tanta efusividad que el pobre Mimo se sobresaltó.

—Bueno, pues entonces decidido. Mimo ya es oficialmente un miembro más de la familia Martín— dijo su madre mientras ayudaba a la veterinaria a introducir al gato en el trasportín.

Al salir de la clínica y hasta llegar al coche, los dos hermanos se turnaron cada dos metros para llevar al animal. Esto provocó un par de discusiones entre ellos, hasta que su padre cogió el asa del trasportín y decidió que ya estaba bien de tanto ajetreo.

—A ver si os peleáis igual cuando haya que limpiar sus caquitas —añadió, a la vez que colocaba al gato en el asiento trasero del coche y lo sujetaba con el cinturón de seguridad.

La vuelta a casa fue tranquila. La familia entera no hizo más que hablar sobre Mimo; e incluso discutieron acerca de con quién dormiría esa noche. El padre condujo más despacio de lo normal para que, según él, el gato no se asustara.

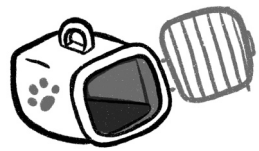
—No conducía así de despacio desde que llevamos a Mateo recién nacido a casa, una vez que os dieron el alta en el hospital —le comentó con complicidad a su mujer. Después estornudó un par de veces y añadió—: Pues empezamos pronto con la alergia...

—Te lo dije. ¡A quién se le ocurre adoptar un gato siendo alérgico! —le reprendió ella.

Él señaló con la mirada el espejo retrovisor. En él se veían las caras sonrientes de sus hijos.

—Pero mira qué contentos están —comentó—. Esto bien merece un par de estornudos... ¡Achís! O tres —terminó mientras se rascaba la nariz.

A todo esto, Mimo permaneció tranquilo y en silencio, porque sin duda sabía que, cuando volviera a salir de aquella caja se encontraría en la mejor compañía posible.



2. LA CASA SIEMPRE ES DEL GATO

—Ya voy, no seas tan impaciente...

Mimo pasaba una y otra vez por debajo de las piernas del señor Martín mientras frotaba su cuerpo contra ellas. Tenía el rabo apuntando hacia arriba y de vez en cuando soltaba algún maullido suave.

—¡Yo se lo doy, papá! —pidió Mateo al entrar en la cocina. Iba vestido con el uniforme del colegio.

—Toma, déjaselo debajo de la mesa —le indicó su padre mientras le daba un pequeño cuenco de metal, en donde había puesto una cucharada de paté de salmón especial para gatos.



El niño lo depositó con cuidado donde le había dicho. Mimo se dirigió raudo y veloz hacia el recipiente y comenzó a comer a la vez que Mateo le acariciaba con suavidad el lomo.

—Buen chico, buen chico... —dijo con ternura.

Ya habían pasado varios meses desde que adoptaron a Mimo. El pequeño animal se había acostumbrado rápidamente a la casa y se conocía cada uno de sus rincones. Era muy cariñoso con todos los miembros de la familia y, como desde el primer día, estaba dispuesto a dejarse acariciar

por cualquiera. Incluso por las visitas, que se quedaban impresionadas por la tranquilidad del gato y su falta de miedo ante los desconocidos. De hecho, su único temor era que anduviera cerca de él la aspiradora. En cuanto oía su puesta en marcha, el pelo se le erizaba y salía corriendo a buscar algún lugar donde esconderse de aquella amenaza mecánica.

En definitiva, se había adaptado tan bien a la familia que incluso tenía sus propias costumbres, como la de dormir todas las noches sobre la cama de alguno de los niños o la de pedir —como acababa de hacer hacía un momento— su ración de paté, que disfrutaba a la hora de la cena y por la mañana, antes de que los niños se marcharan al colegio.

—¡Gonzalo! ¿Mateo ya está listo? —preguntó la señora Martín desde el pasillo, dispuesta ya a salir de casa—. Venga, Mario y yo estamos esperando.

—¡Un momento, Elena! ¡Está cogiendo la mochila! Vamos —susurró el señor Martín a su hijo—, no querrás llegar tarde el último día de cole, ¿verdad?

Mateo cogió la mochila y salió corriendo hacia su madre y su hermano.

—¡Espera! ¡Dame un beso por lo menos! —reclamó el señor Martín.

Mateo retrocedió y fue a darle un beso, con tanta prisa que acabó dándoselo al aire.

—Vamos, papá, que llego tarde —se quejó.

—Llegas tarde para lo que te interesa...

Después el señor Martín besó a su hijo mayor, que también esperaba impaciente, y a su mujer.

—¿Dónde me dijiste que ibas hoy? —le preguntó su esposa.

—Tengo una reunión a las diez, pero estaré de vuelta a la hora de comer.

—Qué ganas de que llegue mañana y nos vayamos por fin de vacaciones —comentó ella, con tanta ilusión que lo besó de nuevo.

—Mamá —interrumpió Mario—. Ya está aquí el ascensor. Vámonos ya.

Y cuando su madre estaba a punto de entrar en el ascensor, de manera inesperada el niño fue a la carrera junto a su padre para darle dos besos más.

—Venga, que nos vemos esta tarde —contestó con una sonrisa su padre, en respuesta.

Mario entró en el ascensor mientras se cerraba la puerta y los dos hermanos y su madre se marcharon por fin hacia el colegio.

El padre, que seguía junto a la puerta, suspiró. Y cuando estaba a punto de cerrarla se percató de que Mimo estaba entre sus piernas, observando muy atento el descansillo, sin atreverse a poner una pata fuera de la casa.

—Vamos, Mimo. —Lo cogió con suavidad—. Tú no puedes salir.

Le rascó por detrás de las orejas varias veces —algo que a Mimo le encantaba, tanto que no dejaba de ronronear— y cerró la puerta tras de sí.

Al cabo de un rato y antes de marcharse a trabajar, se despidió del animalillo, que se encontraba plácidamente sobre el sofá del salón. Este, cuando se percató de su presencia, no dudó en voltearse para colocarse panza arriba, en una invitación a una reconfortante sesión de caricias.

—Hay que ver lo que te gusta, ¿eh, gatito? —susurró.

Le pasó la mano por el pecho y la barriga, lo que hizo que Mimo permaneciese inmóvil, disfrutando de las carantoñas. Después, frotó su mejilla con la cabeza del animal, que colocó su patita sobre él como si quisiera devolverle las caricias.

—Pero ¿cómo no te voy a querer? Si hasta conseguiste quitarme la alergia a los gatos...

Y eso era cierto, ya que a pesar de unos primeros días difíciles en los que le costaba incluso respirar debido al asma, después de un par de semanas su alergia había desaparecido de manera casi milagrosa. Cuando se lo comentaron a la veterinaria, esta les explicó que vivir con una mascota mejoraba las defensas y la salud de la familia. Y, por lo que se veía, tenía toda la razón.

Le frotó la cabeza.

—Adiós, Mimo.

Y se marchó ante la mirada atenta del gato, que no le quitó ojo hasta verlo desaparecer tras la puerta.

A pesar de que podía pasar solo varias horas al día, Mimo ni siquiera echaba en falta la compañía de los humanos. Los gatos pueden estar casi die-

ciséis horas al día durmiendo; de forma que, cuando la familia no se encontraba en casa, aprovechaba para descansar en su rincón favorito: la cama de matrimonio, más aún si había alguna prenda de ropa sobre ella y la podía dejar llena de pelo. También le gustaba investigar cada uno de los rincones de la casa.

Por otro lado, cuando los niños regresaban del colegio era el momento para estar más espabilado, para observar todo lo que sucedía a su alrededor o escapar de los pequeños en sus interminables sesiones de juego.

Uno de los rituales que más repetía era el de la higiene personal. Podía pasar un buen rato lamiéndose el cuerpo; a veces ante las miradas atentas de Mario y Mateo, que no podían evitar observarlo mientras repetían expresiones como: «Qué mono» o «Qué cosita».

—Mamá, ¿por qué se lame tanto Mimo? —preguntó Mateo con curiosidad la primera vez que lo vio.

—Porque es su manera de limpiarse.

—¿Y cómo hace para lavarse la cara?

—Se lame primero la pata y luego se frota la cabeza —se apresuró a contestar su hermano mayor, dándose importancia—. Lo sé por un vídeo de YouTube.

Mateo se acercó tanto a Mimo que este le lamió una mano.

—¡Mira, mamá! ¡Me está chupando! —dijo con cierto repelús—. Qué raro... Parece que tiene arena en la lengua.

—No es arena —le corrigió Mario—. Tiene la lengua así para limpiarse mejor, ¿verdad, mamá?

—Así es. Y si te lame es porque te considera de su familia. Yo también he visto ese vídeo en YouTube —añadió, guiñando un ojo a Mario, que sonrió.

—Claro que somos de su familia. ¡Y yo soy su hermano! —comentó Mateo.

Acarició de nuevo a su mascota.

—Mamá, esta noche, en vez de ducharme, ¿me puedo limpiar como hace Mimo? —preguntó.

—Por supuesto. Pero, entonces, en vez de quiche de jamón y queso tendrás que cenar pienso, como hace Mimo. ¿Qué te parece? —señaló burlesca mientras Mateo negaba con la cabeza.

El gato jugaba mucho con los niños. Y ese día no iba a ser menos. Cuando regresaron del colegio lo persiguieron de un lado a otro de la casa, lo escondieron en los armarios, le tiraron una pequeña pelota que llevaba un cascabel en su interior y le enseñaron una cuerda que el gato persiguió por el sofá del salón. Precisamente era ese sofá su juguete favorito, para disgusto de los señores Martín, ya que a menudo lo rascaba con las uñas y dejaba sus marcas a lo largo de toda la tapicería.

Para finalizar el día, la señora Martín le cepilló el pelo antes de ir a dormir.

Mimo era sin duda un gato feliz. Si buscabas en internet «felicidad gatuna» seguro que aparecía su foto. Sin embargo, al día siguiente las cosas sucedieron de manera diferente a la habitual. El señor Martín se levantó como de costumbre, muy temprano, pero en esta ocasión no le dio su ración de paté, y a pesar de frotarse y ronronear entre sus piernas, solo consiguió un:

—Mimo, déjame, que ahora no puedo atenderte.

Todos los miembros de la familia iban de un lado a otro de la casa, entrando y saliendo de las habitaciones, y los niños estaban más nerviosos de lo común. Mimo les observaba desde debajo de la mesa del salón, pero no sabía muy bien lo que estaba pasando.

Por fin, la señora Martín se acercó a la mesa, se agachó y le dijo entre susurros:

—Ven, Mimo, que nos vamos de viaje.

Y lo sacó de allí en brazos, con cuidado, y lo llevó a la cocina, donde se encontraba el transportín.

La señora Martín intentó meterlo, pero el animal se resistió. No le gustaba estar encerrado, ni siquiera en la cocina, donde a veces lo dejaban cuando de madrugada se ponía a maullar, por lo que no lo iba a poner fácil.

—Deja que te ayude, cariño —se ofreció el señor Martín—. Cuando esté dentro, cierro la puerta.

A pesar de la resistencia, finalmente introdujeron a Mimo en el transportín. El gato comenzó a maullar de forma lastimera.

—Pobrecito —dijo Mario—. ¿No podríamos llevarlo en el coche, encima de nosotros?

—No, hijo —negó su padre—. Debe ir en su jaula, para que no tengamos un accidente y a mí no me pongan una multa. Pero no te preocupes. Estará bien.

Y Mimo, nervioso y algo asustado, pudo ver a través de los barrotes cómo salían de la casa para emprender un viaje que ninguno de ellos podría olvidar.

